

Por la misma razón hubiera sido también necesario sostener que, con respecto á un hecho sobrenatural, todos los sentidos nos engañan, y el sentimiento interior es defectuoso; que aun cuando un hombre hubiese experimentado sobre sí mismo un milagro, no podría saberlo ni estar cierto de él. Es una lástima que no haya llegado todavía la filosofía hasta ese punto.

Los teólogos han respondido que si los hombres fuesen tales como dicen los incrédulos, sería muy sorprendente que no se vieran todos los días aparecer milagros; la vanidad y la perversidad en algunos, la credulidad y entusiasmo en otros, no dejarían de acreditarlos, y no obstante son muy raros; cuando se publican no vemos que produzcan grandes efectos; los que se encomiaron á principios de este siglo, no han tenido un gran número de partidarios.

Mas, ó los incrédulos toman su revancha, ó quieren darnosla. Que los hombres sean ávidos de milagros favorables á las opiniones que hayan abrazado, á la religión en que hayan nacido, se concibe bien; mas que sean inclinados á forjar ó creer prodigios contrarios á sus preocupaciones y á su persuasión, es una paradoja absurda.

Tratad, si podeis, de persuadir á un católico que los herejes hacen milagros, á un protestante que los hay en la Iglesia romana, á un judío ó á un turco que hay laumaturgos entre los cristianos, y veréis si el amor á lo maravilloso, el entusiasmo y la credulidad hacen mucho efecto sobre estas gentes.

Los judíos, aferrados en sus preocupaciones y esperanzas, no estaban muy dispuestos á recibir milagros obrados para desengañarlos; hacían lo mismo que nuestros incrédulos: para creer en los milagros querían verlos: cuando lo veían lo atribuían al espíritu de las tinieblas. Los paganos, prevenidos con un profundo desprecio hácia los judíos, no se encontraban muy inclinados á creer que estos obraban milagros para probar la falsedad del paganismo, y exponerse á mayor peligro admitiéndolos. Sin embargo, unos y otros cedieron á la evidencia de esta prueba, y muchos derramaron su sangre para confirmarla. La vanidad, la perversidad, el amor á lo maravilloso, la credulidad, el fanatismo, ¿acostumbran ir tan lejos?

Hé aquí, pues, un raciocinio al cual los incrédulos no responderán jamás: un milagro es susceptible de la *certidumbre* metafísica para los que le conocen, de la *certidumbre* fi-

sica para los que le ven; luego es también susceptible de la *certidumbre* moral para aquellos á quienes se refiere, ya de viva voz, ya por escrito, y principalmente cuando está también probado por los efectos, de los cuales no se puede dudar.

Nos parece que acerca de esta cuestión los incrédulos confunden dos cosas muy diferentes: lo sobrenatural con la incertidumbre del mismo hecho. Mas si la *certidumbre* de los hechos disminuyera á proporción del grado de pertinacia en el mundo. Proponedles un hecho natural inaudito que suceda por la primera vez, pero que les sea indiferente, lo creen sin dificultad desde el momento que esté probado. Reteridles otro hecho natural revestido de las mismas pruebas, pero que choque á sus opiniones y sistema, se opondrán á cada una de las pruebas, y sostendrán que no es cierto. Si se trata de un hecho sobrenatural probado todavía mejor, le rechazan sin exámen; declaran que aunque le vieran no le creerán.

Estoy mas seguro, dice uno de ellos, de mi juicio que de mis ojos. Y yo os digo que estais mas seguros de vuestros ojos que de vuestro juicio. Habiéis sido cristianos por espacio de una buena parte de vuestra vida: luego juzgábais que el cristianismo está probado. Habiéis renunciado á él para abrazar el deísmo: luego habéis estado persuadidos de que vuestro juicio os habia engañado sobre veinte cuestiones. Despues de haber sostenido el deísmo con todas vuestras fuerzas, habéis pasado al ateísmo y al materialismo: luego habéis reconocido que vuestro juicio era falso también sobre todas las pretendidas pruebas del deísmo. Contad, os ruego, de cuantos errores los eacntrais culpables. Citadme una sola ocasion en la cual vuestros ojos os hayan engañado sobre un objeto que esté á su alcance, por ejemplo, sobre la identidad de un personaje con el que hayais vivido habitualmente. Esta misma máxima: *Estoy mas seguro de mi juicio que de mis ojos*, es la demostración completa de la falsedad de vuestro juicio.

Otra cuestión es la de saber si en punto á milagros la *certidumbre* moral completa y bien establecida no debe prevalecer á la pretendida *certidumbre* física, que no es mas que una experiencia negativa ó mas bien una pura ignorancia. Nuestros filósofos modernos lo han dicho, y no se puede abusar de los términos de una manera mas repugnante.

Tenemos, dicen, una *certidumbre* física absoluta, una experiencia infalible de la constancia del curso de la naturaleza, pues que estamos convencidos de él por el testimonio de nuestros sentidos; así es como sabemos que el sol saldrá mañana, que el fuego consume la madera, que un hombre no puede andar sobre las aguas, que un muerto no vuelve á la vida, etc. La *certidumbre* moral llevada al mas alto grado no puede prevalecer sobre una *certidumbre* física en la cual estamos obligados á descansar en todas las circunstancias de nuestra vida.

Algunas reflexiones bastan para demostrar la falsedad de este argumento. 1.º Es falso que el testimonio de nuestros sentidos nos suministre una *certidumbre* absoluta de la constancia del curso de la naturaleza, si no admitimos una providencia. Los materialistas que también la niegan, sostienen gravemente que no estamos seguros si el curso de la naturaleza ha sido siempre y será tal como es; si de aquí á pocos momentos el universo no volverá á caer en el caos; si no nacerá de sus ruinas un nuevo orden de cosas y generaciones que no tendrán nada de comun con las que conocemos, etc. Solo pues sobre la sabiduría y bondad de la Providencia es en lo que descansamos con respecto á la constancia de las leyes que ha establecido; sabemos que no las derogará sin razon y sin advertirnoslas; mas como estamos seguros de que se ha quitado á sí misma el derecho de suspender su curso por algunos momentos para un bien mayor, que no lo ha hecho nunca ni lo hará. ¿Qué *certidumbre* pueden suministrarlos nuestros sentidos y nuestra pretendida experiencia sobre este punto?

2.º Si fuera una verdadera *certidumbre* física, firme é invencible, se deduciría que el que es testigo ocular de un milagro no debe creer en él ni farse del testimonio de sus ojos; que el mismo que experimenta una curacion milagrosa no puede atenerse al sentimiento interior que le dice del hecho sobre el cual puede andar un hombre; los que han oido hablar del renacimiento de las cabezas de los caracoles por la primera vez; se fundarían bien si trataran de impostores á los físicos que atestiguan este fenómeno? Con mas razon un ciego de nacimiento, respecto de lo que se dice de los colores y de un espejo, de

una p respectiva que parece imposible y contradictorio, debe oponerse á la *certidumbre* moral de todos estos fenómenos, fundada sobre el testimonio constante y uniforme de todos los que tienen ojos.

3.º Es claro, por todos estos ejemplos, que lo que place á nuestros filósofos llamar *experiencia constante* y *certidumbre física absoluta* no es en el fondo mas que una falta de experiencia y una pura ignorancia. Porque nosotros no hayamos visto tal ó cual fenómeno, ¿se deduce que nadie en el mundo lo haya visto y que nuestra ignorancia acerca de este punto deba prevalecer sobre el testimonio positivo de sus ojos? Hé aquí, no obstante, el absurdo sobre el cual se han fundado en nuestros dias disertaciones sabias; y en esto mismo algunos hábiles protestantes han creído destruir toda *certidumbre* del milagro de la transubstanciación.

También los incrédulos, invenciblemente retutados sobre todas las objeciones que hicieron contra la *certidumbre* de los milagros, se han visto obligados á sostener que son imposibles, y acogerse á la hipótesis de la *imposibilidad*, de la *fatalidad* ó del *materialismo*. V. HECOSOS, MILAGROS.

Cesáreo (San), Arzobispo de Arlés. Presidió el año 529 el concilio de Orange, en el cual fueron condenados los semi-pelagianos; murió el año 542. Dejó algunos sermones de los cuales la mayor parte fueron atribuidos á S. Ambrosio y á S. Agustín; se encuentran en el *Apéndice* del quinto tomo de las *obras de S. Agustín*, edición de los benedictinos. S. Cesáreo hizo también una regla para las religias.

China. Aquellos filósofos de nuestros dias que no piensan mas que en contradecir en un todo la historia santa, han creído encontrar en la *China* monumentos propios para echar abajo nuestra creencia; mas la mayor parte de los hechos que han aventurado son falsos.

1.º Dicen que la historia de la *China* es mas antigua que el diluvio, del cual no hace mención, que llega hasta una época mas antigua que la creación; que no obstante esta historia es muy auténtica redactada por escritores públicos y contemporáneos á los acontecimientos; que está fundada sobre observaciones astronómicas, y sobre el cálculo de los eclipses, de los cuales se observó uno 2155 años antes de nuestra era.

Lo cierto es que el primer compilador de la historia china es Confucio, que vivió 550 años antes de Jesucristo, y que los chinos no tienen

ningun libro mas antiguo. Este filósofo no pudo remontarse mas que doscientos años antes de él, por datos seguros; y hasta ahora los sabios no han podido averirse acerca del año ó siglo, en el cual es preciso colocar el eclipse tan antiguo de que se nos habla. Por el modo con que Confucio hace mención de él, no se puede saber si fué de sol ó de luna. Los historiadores posteriores á Confucio son los que han emprendido el remontarse á una época mas antigua que él, y fijan los datos que no pudo determinar.

Cuanto mas recientes son, mas ambición tienen para remontarse hasta la eternidad, y jamás han convenido en sus sistemas cronológicos. Tambien es cierto que la historia china hace mención de un diluvio cuya fecha no fija.

* [Hay una afinidad muy sensible y probada entre Fo-hi y Noé. Porque 1º dicen los chinos que *Fo-hi no tuvo padre*. Noé fué el primer hombre de la tierra despues del diluvio; sus antepasados perecieron en las aguas, y como su memoria no se conservó en la tradicion de los chinos, pasa por no haber tenido padre. 2º Los chinos, dicen que la madre de *Fo-hi le concibió rodeada por el arco iris*. Esta idea debe su origen probablemente á que Dios nos dió el arco iris como señal de reconciliacion á Noé y á su posteridad. 3º *Fo-hi crió con cuidado animales de siete especies diferentes* que tenia costumbre de sacrificar al Chang-Ti, ó soberano espíritu del cielo y de la tierra. Moisés nos dice que Noé metió con él en el arca siete animales no impuros de cada especie, y que despues del diluvio cogió todos los animales puros y todas las aves puras, y ofreció de ellas holocaustos. 4º *Los chinos decian el nombre de Fo-hi de las ofrendas que hizo*. Moisés dice que Noé fué llamado así en razon á que por su ofrenda obtuvo de Dios para los hombres el permiso de comer carne. Por último, la palabra *Puon-ka*, de la cual se sirven los chinos, significa exactamente el antiguo ó el primogénito del arca, de la nave. Los chinos entienden pues por esta palabra un hombre salvado de las aguas, y el primogénito ó el mas viejo de los que fueron salvados con él.]

En las *Memorias de la academia de las inscripciones*, t. 63, en 42, p. 305. M. de Guignes, despues de haber examinado sin preocupacion la antigua historia china, ha juzgado que no es cierta ni auténtica, que no puede suministrarnos nociones exactas del estado en que se encontraba esta nacion en los tiempos próximos á su formacion. No tiene ninguna

observacion de geografia ni de cronología, como ni encadenamiento ni trabazon. El sabio académico no tiene el entusiasmo que MM. Fourmont y Freret habian concebido por los *anales chinos*; deben lamentarse los esfuerzos que hicieron para conciliar estos monumentos con la cronología de la historia santa.

* [¿Qué fondo, pregunta M. Gouget (*origen de las leyes*, t. 3, diss. 3), qué consecuencia puede sacarse de la certidumbre de la cronología china, por lo que toca á los primeros tiempos, cuando se ve á estos pueblos confesar unánimemente que uno de sus mayores monarcas, enemigo por interés de las tradiciones antiguas y de los que podian saberlas, hizo quemar todos los libros que no trataban ni de agricultura, ni de medicina, ni de adivinacion; destruyó todos los monumentos y trató por espacio de muchos años de destruir todo lo que podia recordar el conocimiento de los tiempos anteriores á su reinado? Cuarenta años próximamente despues de su muerte, trataron de restablecer los monumentos históricos. Para este efecto se reunieron, dicen, las tradiciones de los viejos, se desenterraron algunos fragmentos de libros escapados al incendio general, se reunieron segun se pudo estos diferentes retazos, y del todo se trató de componer una historia seguida. No obstante, solo despues de 200 años despues de la destruccion de los monumentos, es decir, el año 37 antes de Jesucristo, es cuando se vió aparecer un cuerpo completo de la historia antigua. El autor mismo, Sema-Trien, que la compuso, tuvo la buena fe de confesar que no le habia sido posible remontarse con certidumbre 800 años mas allá de la época en que escribia.]

» Tal es la confesion unánime que hacen los chinos; dejó á la consideracion de los demás despues de un hecho semejante el grado de certidumbre de su historia antigua. Tambien se experimentan cuando se quiere tratar de ella dificultades y contradicciones insuperables. Las diferencias que se notan en las épocas principales prueban que la historia de los chinos no tiene ninguna superioridad ni ventaja sobre las demás historias profanas. Rota en ella una incoherdumbre semejante á la que los cronologistas experimentan en sus investigaciones acerca de la historia de los babilonios, de los egipcios y de los primeros reyes de la Grecia. Por otra parte, está igualmente desnuda de hechos, de circunstancias y detalles.

» Respecto de las observaciones astronó-

micas en que se ha tratado de apoyar las pretendidas antigüedades chinas, la suposicion es tan sensible que ha sido conocida por algunos eruditos, á pesar de la poca idea que en general tienen los chinos de la crítica. Se puede asegurar sin miedo de equivocarse que hasta el año 206 antes de Jesucristo, su historia no merece ningun crédito. Es un tejido perpetuo de fábulas y contradicciones, es un caos monstruoso del que no se puede extraer nada seguido ni razonable.»

» Han asegurado nuestros filósofos que la religion de los chinos es el teismo puro, sin ninguna mezcla de fábulas ni de supersticiones. Mas está probado de una manera incontestable que el pretendido teismo de los chinos no subsiste sino en sus libros antiguos, y que ha sido ya desfigurado por un culto religioso rendido á los espíritus y á las almas de los difuntos.

En el dia el emperador, el pueblo de la China y los eruditos se han entregado todos al politeísmo, á la idolatria, y muchos de estos últimos caen en el ateísmo.

Se ha querido hacer un mérito á Confucio de que no se ha alabado de ser enviado de Dios, ni inspirado.

Se engañan en esto: desde el momento que se presentó como órgano de los antiguos sabios chinos es como si se hubiera llamado venido del cielo. Los chinos llevan el respeto hácia sus antepasados hasta la adoracion; hacen de ellos otras tantas divinidades. Confucio se alababa de haber visto muchas veces en sueños á un antiguo filósofo, y de haber recibido lecciones de él; esto vale tanto como las revelaciones que Numa habia tenido de la ninfa Egeria, y Mahoma del ángel Gabriel. Por otra parte, los sabios disputan para saber si Confucio supuso un Dios, ¿cómo se habia él de llamar enviado de Dios? « La religion china, dice M. Guignes, tomada en general, difiere poco de las demás religiones paganas; una multitud de divinidades presiden al cielo, á la tierra, á los elementos, á los truenos, á los vientos, á las lluvias, á los montes, á los rios y á todas las partes de la naturaleza. Todas estas divinidades, cuya idea se quiere dulcificar no llamándolas mas que espíritus, están subordinadas á la primera, que recompensa á los buenos y castiga á los malos, y que ve todo lo que pasa en el universo. » *Memorias de la Academia de las inscripciones*, t. 77, en 42, p. 304. Mosheim y Brucker creen que el sistema filosófico que sirve de base á la religion china no es mas

que el antiguo estoicismo, y que su Dios, pretendido supremo, es el alma del mundo, de la cual han salido por emanacion los espíritus motores de la naturaleza y las almas humanas. Esta es tambien la opinion de muchos filósofos indios, *Hist. crit. philos. t. 6, p. 886 y 888*. Este sistema ha debido arrastrar necesariamente á los eruditos chinos á la idolatria. V. ALMA DEL MUNDO.

Pero además de esta secta principal, hay tambien otras dos en la China, la de *Laiho-Kim*, cuyos discípulos admiten un Dios material y otras divinidades inferiores, y creen que el alma perece con el cuerpo. Creen en los augurios, en la adivinacion, rinden culto á los muertos y dan en toda clase de supersticiones. Otra tercera secta es la de *Fo ó Foe*, que tiene por autor un filósofo indio de este nombre; sus partidarios adoran tres idoles monstruosos, colocan tambien otros mas pequeños en las pagodas y en los grandes caminos, y los tienen todos en sus casas. Esta secta, que es la del pueblo, mantiene millares de *bonzas*, especie de religiosos que viven en comun y en el celibato; son muy interesados, viciosos y despreciados. Se encuentran tambien en la China adoradores del gran Lama, que habita en Barantola en el Tibet.

No es pues cierto que la religion del emperador y de los chinos instruidos sea el deísmo ó la religion natural, como se asegura en el *Diccionario geográfico*; es constante, por el contrario, que la religion enseñada en sus libros clásicos es el estoicismo, por consiguiente, el culto del alma del mundo añadido al politeísmo y á la idolatria, tal como lo practicaban los griegos y los romanos; que en la práctica el emperador y los eruditos adoran á *Fo y Poussa*, y son mas supersticiosos; es un hecho atestiguado en las nuevas *Memorias de los Misioneros de Pekin*.

* [El P. Premare, *Cartas edific. t. 22, p. 177*, dice que « la religion de la China está comprendida toda en los King. Se encuentran en ellos, en cuanto á la doctrina fundamental, los principios de la ley natural, que los antiguos chinos habian recibido de los hijos de Noé. Enseñan á conocer y reverenciar un ser soberano. El emperador es á la vez rey y pontífice como los patriarcas antes de la ley escrita; al emperador pertenece el ofrecer el sacrificio por su pueblo en cierta época del año; al emperador toca establecer las ceremonias y juzgar de la doctrina. Propiamente no hay mas que esta religion que pueda llamarse *Iu-Kiao*, la religion de la China. Todas

las demás sectas extendidas por el imperio son consideradas como extrañas, falsas y perniciosas, y solo se toleran.»

De Guignes, *Viaje a Pekin*, t. 1, p. 330, dice: «Así vemos al principio los chinos adorar al Ser supremo bajo el nombre de *Chang-Ty*, de *Hoang-Tien* y de *Tien*, y ofrecerle sacrificios sobre las alturas y en los templos... La moral se reducía entonces á dos virtudes llamadas *Gin* e *Y*: la primera representaba la virtud con respecto á Dios y á los padres, ó la bondad para con los hombres; y la segunda significaba la equidad y la justicia.»

Habiendo abrazado el cristianismo algunos príncipes de la familia imperial, prescribió el emperador á los jueces como debían proceder con respecto á ellos, y los jueces les dieron cuenta en estos términos de los esfuerzos que habían hecho para atraerlos á la religión de los Mant-cheoux. *Cartas edit.* t. 20, p. 120.

«Nosotros, vuestros súbditos, nos hemos transportado á la prision de *Oärthen* (uno de los príncipes cristianos), y le hemos dicho: El Señor del cielo es el cielo, es lo mismo; no hay nación sobre la tierra que no honre al cielo: los Mant-cheoux tienen en su casa el *Tiao-chin* para honrarle. Vos que sois Mant-cheoux seguís la ley de los europeos, y decís que os habeis inclinado á abrazarla en razon á los diez mandamientos que propone y que son otros tantos artículos de esta ley: enseñados lo que prescriben.

«Orthen respondió: El primero nos manda honrar y amar al Señor del cielo; el segundo prohíbe jurar en nombre del Señor del cielo; el tercero quiere que se santifiquen los días festivos recitando oraciones, y haciendo ceremonias para honrar al Señor del cielo; el cuarto manda honrar al rey, á los padres y madres, á los ancianos, á los grandes y á todos los que tienen autoridad sobre nosotros; el quinto prohíbe el homicidio y aun el pensamiento de hacer daño á los demás; el sexto obliga á ser casto y modesto, y prohíbe hasta los pensamientos y las afecciones contrarias á la pureza; el sétimo prohíbe arrebatrar el bien de otro, y aun el pensamiento de usurparlo injustamente; el octavo prohíbe la mentira, la maledicencia, las injurias; el noveno y décimo prohíben desear la mujer de otro. Tales son los artículos de la ley á los cuales obedezco. — No puedo cambiar.

«Nosotros respondimos: Estos diez mandamientos se encuentran en todos nuestros libros, y no hay nadie que deje de observar-

los, ó si alguno falta á ellos, se le castiga de la manera que prescribe la ley.»]

3.º Las leyes morales de Confucio, por más que se diga, no valen más que sus dogmas; no se fundan en nada, este filósofo no ofrece mas que recompensas temporales. Ahora bien, un chino; puede ser tan sencillo para persuadirse que las virtudes morales tienen el poder de dirigir la marcha de la naturaleza, de producir el buen tiempo y la lluvia, la abundancia y la prosperidad, y evitar los azotes y las desgracias? Confucio lo dice terminantemente en el *Chou-King*, p. 172. También de todas las lecciones de moral no hay ningunas por observadas que las de Confucio; el pueblo no está en estado de leerlas ni conocerlas.

Con muy poca razon se nos alaba la moral de este filósofo, la legislación y gobierno de los chinos, la prosperidad singular de este imperio. Despues de haber examinado estos diferentes capítulos, nos parece que la moral de los filósofos chinos es muy imperfecta y viciosa en muchos puntos, y las costumbres públicas de la *China* son muy malas. No hay en este imperio ningún código de leyes fijas; la voluntad arbitraria y despótica del emperador es lo único que manda en lugar de leyes. También la *China* ha experimentado veinte y dos revoluciones generales, y la policía es allí muy defectuosa. La población excesiva que se supone en este país proviene del clima, y de la fertilidad del suelo, mas bien que de la sabiduría del gobierno. El *Chou-King*, libro clásico de los chinos, publicado por M. de Guignes, las nuevas *Memorias sobre la China* redactadas por los misioneros de Pekin, y que empezaron á imprimirse en 1776, nos desengañaron por último de todo lo maravilloso que nuestros filósofos habían publicado acerca de esta nación.

He aquí lo que dice el autor del *viaje hecho á las Indias y á la China*, desde el año 1774 hasta 1781, t. 2, l. 4, c. 1: «En Francia, los economistas, ocupados en los cálculos sobre la subsistencia de los pueblos han hecho revivir en sus lecciones agronómicas las fábulas que los misioneros habían vendido sobre el comercio y el gobierno de los chinos. El día en que bajó el emperador de su trono hasta el arado, fué celebrado en todos sus escritos; han preconizado esta vana ceremonia, tan frívola como el culto rendido por los griegos á Ceres, y que no impide que millares de chinos mueran de hambre ó expongan á ella á sus hijos, por la impotencia en que se

encuentran de proveer á su subsistencia.

«Las trabas que los chinos ponen á toda amistad seguida entre ellos y los extranjeros, no tienen seguramente otra causa que el sentimiento de su propia debilidad; el gobierno de los pueblos esclavos es demasiado vicioso para hacerse respetar por sus propias fuerzas... Las leyes solo son conocidas de los letrados; los cargos de mandarines ó magistrados se compran; para pleitear en su tribunal es preciso arrojarse; propiamente hablando, el palo es el que gobierna en la *China*. Las ordenanzas del gobierno no tienen fuerza sino en tanto que permanece fijo el edicto; cuando este desaparece, se violan impunemente; con el dinero se evita todo castigo. Nadie se atreve á mirar al emperador; cuando pasa, es necesario volver la espalda ó prosternarse; va precedido de dos mil verdugos.

«Confucio escribió algunos libros de moral, adoptados al genio de su nación: es un cúmulo de visiones oscuras, de cuentos rancios mezclados con un poco de filosofía. Sus obras, aunque llenas de absurdos, son adoradas por los chinos. Este filósofo dió fe á los agüeros y á las suertes; los chinos no hacen nada sin haberlo consultado; tienen tantas mujeres cuantas pueden mantener. La idea de la muerte no cesa de atormentarlos, y los persigue hasta en sus placeres; expenden sumas considerables en los funerales, hay mas de un millon de bonzos en el imperio que no viven sino de limosnas, y su jefe goza de la mas alta consideracion. Un Chino pasa la mitad de su vida en conocer los caracteres de su lengua, y la otra mitad en un serrallo; es imposible que las ciencias hagan progresos en la *China*; el emperador no puede pasar sin astrónomos extranjeros.

«Los chinos son cobardes, perezosos y malos guerreros; siempre serán vencidos por las naciones que quieran atacarlos, ninguna de sus ciudades podria sostener un sitio de tres dias. Su artillería no es buena mas que para los regocijos; sus fusiles son de mecha, y despues de haber apuntado vuelven la cabeza. Treinta mil *basmanes* destruirían en muy poco tiempo un ejército de cien mil chinos. Son picaros, orgullosos, insolentes y cobardes; diez europeos armados solo con un palo harían huir á mil; y si no nos conceden la menor libertad, es porque conocen su debilidad. Mas el interés del comercio obliga á los comerciantes europeos á sacrificar el honor de sus naciones; solo la avaricia puede po-

nerles á la merced de un pueblo tan despreciable por su carácter como por su ignorancia. Están expuestos á concusiones y vejaciones de todas clases, y las sufren para ejercer un comercio tan supérfluo como oneroso.»

No salimos garantos de la exactitud de este cuadro, está evidentemente cargado; muchos de los hechos aventurados por el autor están terminantemente en contradiccion con las memorias enviadas de Pekin. Mas si el sabio académico que hizo el paralelo de Zoroastres, de Confucio y de Mahoma, y el autor del *Diccionario de Geografía* hubiesen consultado á este viajero y algunos otros monumentos, ó los habrían refutado, ó se hubieran abstenido de hacer el elogio de las leyes y gobierno de la *China*. Lo que el último encuentra mas admirable es que este gobierno tolera todas las supersticiones y todas las sectas. Allí no se establece, dice, como en otra parte una inquisicion sobre el pensamiento del hombre; las leyes son tolerantes acerca de esto, porque han sido hechas por los bonzos, sino por la razon. Dicen que la lógica de los chinos es mejor que la nuestra, que no enseña á disputar sobre las palabras y á disecar un pensamiento; que los lógicos chinos valen mas que los disputadores eternos de nuestras universidades.

Al menos la lógica de los chinos no brilla en los absurdos que profesan en punto de religion y moral; hombres que pasan la mitad de su vida en estudiar los caracteres de su lengua no tienen mucho tiempo de mas para entregarse á la filosofía: no hay entre ellos escuelas públicas. Los chinos, tan tolerantes, no han querido sin embargo tolerar el cristianismo, porque es una religion extranjera y les parece nueva. ¿Es esto tambien una prueba de la perfeccion de su lógica? Por el estado de las ciencias y del gobierno en la *China* vemos lo que puede producir la tolerancia, cuyos efectos maravillosos no cesan de ensalzar nuestros escritores incrédulos.

M. de Guignes, mejor instruido que el autor del *Diccionario*, está persuadido que los chinos, ya en los tiempos antiguos, ya en los siglos posteriores, han sacado de los pueblos que están al occidente de la *China* todo lo que saben, y es una pura vanidad por su parte el atribuirselo.

No puede dudarse que el cristianismo penetró en la *China* muy pronto: algunos autores creen que fué llevado por el apóstol Sto. Tomás, tal vez tambien por S. Bartolomé ó por alguno de sus discípulos. Arnobio, que

vivia en el siglo IV, dice que el cristianismo se había establecido en las Indias, entre los seros ó chinos, los medos y los persas; mas por falta de misioneros ó por otras causas, no parece que subsistió por mucho tiempo.

En el siglo VII, los nestorianos, que habían llevado su religión á la costa de Malabar en las Indias y en la gran Tartaria, penetraron en la China, y se establecieron en ella. Este hecho está probado no solo por el testimonio de muchos escritores orientales, sino por un monumento que fué descubierto en 1623 en la ciudad de *Sigan-Fou*, capital de una provincia de la China. Este era una gran piedra en cuya parte superior había una cruz, despues una larga inscripción, parte en caracteres chinos, y parte en caracteres siríacos, mayúsculos, llamados comunmente *stranghelo*. El magistrado del lugar, que creyó deber conservarla, la hizo trasportar á un templo de bonzos. Dice que el año 635 de nuestra era había arribado á la China un hombre de *Ta-Tsin* ó del occidente, que presentó al emperador algunos libros de la religión que venia á predicar, y que el año 638 el emperador había dado un edicto á favor del cristianismo. Se leían despues los principales dogmas de la religión cristiana, añadiendo que esta inscripción había sido puesta para servir de monumento de estos hechos el año 1092 de los griegos, y de Jesucristo el 789, bajo el pontificado de *Anan-Yesou*, patriarca de los nestorianos.

La Cruz, Beausobre y otros críticos protestantes han creído oportuno el poner en duda la autenticidad de este monumento, el suponer que era un fraude piadoso inventado por los misioneros católicos en 1623, á fin de persuadir á los chinos que el cristianismo no era una religión nueva entre ellos, sino establecida antiguamente en su imperio. M. de Guignes, en una sabia disertación sobre este objeto, *Memorias de la Academia de las Inscripciones*, t. 34, en 42, p. 293, ha probado la falsedad de esta sospecha, y la autenticidad de la inscripción de *Sigan-Fou* por el testimonio de los anales de la China y de muchos autores chinos. Hace ver que estos autores han confundido los misioneros nestorianos con los bonzos de Fo, y que han designado bajo este nombre todos los predicadores de las religiones extranjeras; mas lo que dicen se refiere tan exactamente por el tiempo y las circunstancias al establecimiento de los nestorianos en la China, que es imposible que el acaso haya podido producir esta conformi-

dad. Prueba tambien por el testimonio de los viajeros, que existían tambien cristianos nestorianos en la China en los siglos XII y XIII; pero que entonces su religión estaba muy alterada y desfigurada por una mezcla de mahometismo; de tal suerte que, cuando los portugueses arribaron á la China en 1517, no encontraron allí el menor vestigio del cristianismo. El sabio Assemani, por su parte, ha producido otras muchas pruebas de la autenticidad y verdad de la inscripción hallada en *Sigan-Fou*. *Bibliot. orient.* t. 4, c. 9, § 6. El juicio de estos sabios tiene otro peso que las vanas conjeturas de los críticos protestantes.

En 1380 fué cuando los PP. Roger y Riccio, misioneros jesuitas, entraron en la China, y tres años despues obtuvieron el permiso para establecerse allí. En el espacio de un siglo la religión cristiana hizo tantos progresos, que en 1715 había ya en este imperio mas de trescientas iglesias, y lo menos trescientos mil cristianos. Mas en 1722 el emperador Yong-Tching publicó un edicto contra el cristianismo, resolvió exterminarle, é hizo ejercer contra los cristianos una sangrienta persecución. En 1731 todos los misioneros fueron desterrados á Macao; desde 1733 no se permitió ya á ningún extranjero penetrar en el interior de la China; y los predicadores que fueron descubiertos, los condenaron á muerte. Los jesuitas que conservó el emperador en su corte en calidad de matemáticos no tienen permiso para ejercer las funciones de misioneros. No obstante, desde el año 1733 la persecución fué menor; les era permitido asistir á los cristianos que allí había aun; han pedido al gobierno francés sucesores, con la esperanza de obtener poco á poco mas libertad para hacer prosélitos. Se dice que en la actualidad existen mas de sesenta mil cristianos en este imperio.

Desgraciadamente á principios de este siglo hubo algunas contestaciones entre los jesuitas de la China y los misioneros de las demás ordenes religiosas. Se trataba de saber si había superstición é idolatría en los honores que los chinos rendían á Confucio y á sus antepasados, honores acompañados de ofrendas, de invocaciones, perfumes, etc. En 1704 Clemente XI condenó estos ritos chinos como supersticiosos é idolátricos; en 1712 Benedicto XIV confirmó este decreto por su bula *Ex quo singulari*; desde esta época los misioneros prohibieron estos ritos á sus prosélitos; mas esta disputa, muy acalorada por una y otra parte, perju-

dió mucho á los intereses del cristianismo. Además de este obstáculo accidental y pasajero, hay otros que retardarán siempre los progresos de la religión cristiana en esta parte del mundo. La corrupción de las costumbres populares de este imperio; la adhesión pertinaz de los chinos á sus usos, adhesión cimentada por el culto religioso que rinden á sus antepasados; su vanidad que les persuade que son el pueblo mas perfecto del universo; el orgullo, la ambición, los zelos de los letrados, que son los únicos que están en posesión de la enseñanza, de los cuales unos son ateos, otros idolátras y supersticiosos; el despotismo del emperador que es el jefe supremo y árbitro de la religión lo mismo que de las leyes, son otros tantos obstáculos que hacen muy difíciles las conversiones. Los chinos desprecian á los extranjeros, los temen y los aborrecen. Desgraciadamente los navegantes de las diferentes naciones europeas que han permanecido en la China no se han portado de suerte que hayan ganado la confianza y el afecto de los habitantes del país; y esta conducta no ha contribuido poco para indisponer á los chinos contra el cristianismo. Tendrían menos repugnancia en osecuchar á los misioneros nacionales que á los extranjeros.

Si nuestros filósofos incrédulos fuesen verdaderamente amigos de la humanidad, hubieran deplorado como nosotros el destierro de los misioneros de la China; por el contrario, han hecho un triunfo de ello: se han valido de esta ocasion para hacer odioso hasta el mismo cristianismo, y á los que le predicán. Dicen que los emperadores de la China proscribieron esta religión á causa de su intolerancia, ó del derecho que se atribuían sus ministros para obligar á los pueblos á abrazarla; de la independencia, de la cual quieren gozar respecto del poder temporal; de su carácter sedicioso y turbulento; y por fin del mal que produce el celibato á la población. No es posible calumniar de una manera mas denigrativa.

En las memorias presentadas al emperador de la China por los mandarines contra el cristianismo, no hacen ninguna de estas acusaciones á los misioneros; tan solo manifiestan que esta religión es nueva y extranjera en el imperio, que no admite ni divinidad, ni espíritus, ni antepasados. *Cartas edificantes*, t. 29, p. 217; t. 30, p. 156. Se ve por todo esto lo que está probado en otra par-

te, que los letrados chinos hacen ir á la par el culto de los espíritus y de los antepasados con el culto de la divinidad, y es mas dudoso que admitan otra divinidad que los espíritus que presiden á las diferentes partes de la naturaleza. La lectura del *Chou-King*, que es su libro clásico, no nos manifiesta en ella ninguna otra creencia que la de los antiguos politeístas.

Aun cuando el genio de los misioneros fuese tal como lo representan los incrédulos, han sido tan imprudentes para dárlo á conocer, para predicar la intolerancia, la independencia, la sedición y sublevación contra un gobierno absoluto y despótico? Una acusación tan atroz no debe aventurarse sin pruebas; los incrédulos no pueden alegar ninguna. Por una parte, echan en cara al cristianismo el favorecer el despotismo de los principes y la esclavitud de los pueblos; por otra, pretenden que un emperador despota ha tenido los principios y la moral de esta religión; son dos acusaciones contradictorias.

Otro absurdo es el creer que los chinos que hacen perecer todos los años mas de treinta mil niños, temiesen que el cristianismo perjudicara á la población; que temen el celibato mientras que se encuentran en la China millones de bonzos que viven en él. En general, el gobierno chino teme mas el aumento de la población que su disminución. V. Misos.

* **Cristo-sacrum (Sociedad de)**. Tuvo principio en 1797 por Jacob Hendrik-Onderde-Wyngaart-Ganzius, antiguo burgo-Maestre de Delft, á instancias de los menonitas, enemigos de los reformados. No tuvo una forma regular hasta 1801. De cuatro individuos llegaron á ser dos ó tres mil. Sus miembros repiten sin cesar que no son una *secta* sino una *sociedad*, con el fin de conciliar todas las religiones. Admite á todo el que cree en la divinidad de Jesucristo y en la redención del género humano, obrada por los méritos de la Pasión del Salvador. Esta declaración y su mismo título de *Cristo-sacrum* rechazarían la acusación de deísmo dirigida contra ella. El culto se divide en culto de adoración y de instrucción. El primero tiene lugar todos los domingos: se exponen en él las grandezas de Dios, manifestadas en las maravillas de la creación. El segundo es cada quince dias: se desarrollan en él los principios de la religión revelada. Se celebra la cena seis veces al año. Los asistentes se prosternan en el templo durante la ora-

ción y la bendición. El número de miembros de esta secta disminuye progresivamente.

Cielo. Este término significa en la Sagrada Escritura, así como en el lenguaje de todos los pueblos, el espacio inmenso que rodea á la tierra, y que, según nuestra manera de ver, está encima de nosotros; tal es el sentido de los nombres que le designan en todas las lenguas. Por consiguiente *cielo* significa: 1.º el aire ó la atmósfera; 2.º el espacio mas lejano, en el cual giran los astros; 3.º el lugar en que Dios manifiesta su gloria, y hace bienaventurados á los ángeles y á los santos.

Algunos escritores de nuestros días dicen que los hebreos tenían una idea falsa del *cielo*, que le consideraban como una bóveda sólida, en la cual estaban fijas las estrellas, y encima de la que existen depósitos de agua ó carataras, ó puertas para hacer caer la lluvia, etc. Todos estos delirios no tienen ningún fundamento en la Sagrada Escritura; es ridiculo tomar el pie de la letra las expresiones populares, que están en uso entre nosotros lo mismo que entre los hebreos.

Una torre levantada hasta el cielo, hasta las nubes, indica una torre muy alta; las *carataras del cielo son la caída del agua de la atmósfera*; el *fuego del cielo* es el que cae de arriba; el *ejército del cielo* son los astros; los *ojos del cielo, cardines celi*, son los polos sobre los cuales parece girar, etc.

En vano se ha insistido sobre que el *cielo* se ha llamado muchas veces *firmamento*. El hebreo *raqiah*, que los Setenta han traducido por *espacio* y la vulgata por *firmamentum* significa *espacio ó extension*, y nada mas. Uno de los interlocutores del libro de Job, que habia dicho que los cielos son muy sólidos y tan firmes como el metal, es llamado en el capítulo siguiente un vano racionador, que habla como un ignorante, Job. xxxvii, 48; xxxviii, 2. Se dice en el mismo libro que Dios ha colgado la tierra sobre el vacío ó sobre la nada, xvi, 7. Los hebreos llamaban como nosotros á la tierra el *globo*; no tenían pues una idea falsa de la estructura del mundo.

CIELO. En el lenguaje de los teólogos es la mansión de la felicidad eterna, el lugar en que Dios se da á conocer á los justos de una manera mas perfecta que sobre la tierra, y los hace felices por la posesion de si mismo. Concebimos este paraje como colocado mas allá del espacio inmenso que vemos encima de nosotros, y nada puede probar que sea falsa esta idea. Parece que está fundada en la

Sagrada Escritura que llama á esta morada divina *los cielos de los cielos*, ó los cielos mas elevados, el *tercer cielo*. Tambien se llama la *Jerusalén celestial*, el *paraíso*, el *empíreo*; es decir, *la mansión del fuego ó de la luz*, el *reino de los cielos* y el *reino de Dios*; mas estas dos últimas expresiones significan muchas veces en el Evangelio el reino del Mesias ó el reinado de Jesucristo sobre su Iglesia.

El profeta Isaías y el apóstol S. Juan han hecho descripciones magníficas del *cielo*, de las riquezas que encierra, de la felicidad de los que le habitan; mas S. Pablo nos advierte que el ojo no ha visto, que el oído no oyó, que el corazón del hombre no ha sentido lo que Dios prepara á los que le aman, I Cor., ii, 9. Esta felicidad sobrepaja á todos nuestros pensamientos y expresiones, y no puede concebirse sino por los que la gozan. Véase FELICIDAD ETERNA.

Ciencia de Dios. Es el atributo por el cual Dios conoce todas las cosas. No podemos concebir á Dios de otra suerte mas que como una inteligencia infinita, y por consiguiente que conoce todo lo que es y lo que puede ser: tal es la idea que de él nos dan los libros santos.

Leemos en ellos, Job, xxviii, 24: « Dios ve las extremidades del mundo, y considera todo lo que está bajo el cielo ». Cap. xlii, 2: « Yo sé, Señor, que todo lo podeis, y que ningún pensamiento se os puede ocultar ». Baruch, iii, 32: « El que sabe todo es el autor de la sabiduría ». Ps. cxxxviii, 5: « Vos conocéis, Señor, lo que ha precedido, y lo que debe seguir... vuestra ciencia es admirable para mí, es inmensa, y no puedo llegar á ella, etc. » I Reg. ii, 3: « El Señor es el Dios de la ciencia, y los pensamientos de los hombres le son conocidos de antemano. » Rom. xi, 33: « ¡ Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, etc. ! »

S. Agustín, l. 2, ad *Simplic.* q. 2, observa muy bien que la *ciencia de Dios* es muy diferente de la nuestra, pero que nosotros nos vemos obligados á servirnos de los mismos términos para expresar una y otra, nuestros conocimientos son accidentes ó modificaciones que recibimos sucesivamente, y que producen un cambio en nosotros; Dios desde *ab eterno* todo lo ha visto y conocido para toda la duración de los siglos; ningún pensamiento, ningún conocimiento puede ocurrirle de nuevo; nada puede perder ni adquirir, pues que es inmutable.

Dios, dicen los PP. de la Iglesia, ha provisto todos los acontecimientos, pues que él es quien los ha dirigido como le plugo; no ha hecho las criaturas sin saber lo que hacia, lo que queria y podia hacer; si no conociera todas las cosas, no podria gobernarlas; habiamos mal en atribuirle una providencia « Llama, dice S. Pablo, las cosas que no son, como las que son, » Rom. iv, 17.

En los objetos de nuestros conocimientos distinguimos lo pasado, lo presente y lo futuro; con respecto á Dios todo está presente, nada es pasado ni futuro, porque su eternidad corresponde á todos los instantes de la duración de las criaturas. Mas, para aliviar nuestra débil entendimiento, distinguimos en Dios tantas ciencias diferentes como experimentamos en nosotros mismos. Por consiguiente, los teólogos distinguen en Dios:

1.º La *ciencia* de simple inteligencia, por la cual Dios ve las cosas puramente posibles que jamás han existido y que nunca existirán. Como nada es posible sino por el poder de Dios, hasta que Dios conozca toda la extension de su poder para conocer todo lo que puede ser.

2.º La *ciencia* de vision, por la cual Dios ve todo lo que ha existido, lo que existe ó existirá en tiempo; por consiguiente, todos los pensamientos y todas las acciones de los hombres presentes, pasados y futuros, y el curso entero de la naturaleza, tal como ha sido y será en toda su duración. Este conocimiento claro y distinto es el que dirige la providencia de Dios, tanto en el de la gracia. Esta *ciencia*, según que considera las cosas futuras, se llama *prevision* ó *presciencia*. Ya hablaremos de ella en su lugar. V. PRESCIENCIA.

3.º Algunos teólogos admiten tambien en Dios una tercera *ciencia* que llaman *ciencia media* porque parece que es un término medio entre la *ciencia de vision* y la *ciencia de simple inteligencia*. Hay, dicen, cosas que no son futuras sino bajo ciertas condiciones; si las condiciones deben verificarse, el acontecimiento que de ellas depende será futuro; absolutamente, y como tal, es el objeto de la *ciencia de vision* ó de la *presciencia*. Si la condicion de que depende este acontecimiento no debe verificarse no existirá jamás; entónces es un futuro puramente condicional; no puede pues ser la *ciencia de vision* que atañe á los futuros absolutos ni la *ciencia de simple inteligencia* que tiene por objeto los

posibles; no obstante, Dios la conoce, pues que muchas veces la ha revelado: es preciso pues distinguir esta *ciencia* divina de las dos anteriores.

Que Dios haya revelado mas de una vez los futuros puramente condicionales es un hecho probado por la Sagrada Escritura. I Reg. xxiii, 12, David pregunta al Señor: « Si yo permancezco en Cella, los habitantes ¿ me entregarán á Saúl? Dios respondió: *Ellos os entregarán*. Por consiguiente, David se retiró y no fué entregado. Sap. iv, 11, se dice del justo que Dios le ha sacado del mundo por temor de que no se pervirtiera con el contagio de las costumbres del siglo. Dios previa pues que si este justo hubiese vivido mucho tiempo, hubiera succumbido á la tentacion del mal ejemplo. Mat. xi, 21, Jesucristo dice á los judíos incrédulos: « Si yo hubiese hecho en Tiro y Sidon los mismos milagros que he hecho entre vosotros, estos pueblos hubiesen hecho penitencia bajo el cilicio y la ceniza. » Luc. xvi, 31, se dice de los hermanos del rico malo: « Aun cuando un muerto resucitara para instruirlos, no lo creerian. » Hé aqui predicciones de futuros condicionales que no han sucedido, porque no ha tenido lugar la condicion.

Los PP. de la Iglesia discurrieron acerca de estos pasajes, para probar que Dios ve lo que harian todas sus criaturas en todas las circunstancias en que tenga á bien colocarlas: S. Agustín, sobre todo, ha hecho uso de ellos para probar contra los pelagianos y semipelagianos que Dios no se determina á dar la gracia de la fe por las buenas disposiciones que previe en aquellos á quienes se predica el Evangelio, ni se determina á privar de la gracia del bautismo á ciertos niños, porque previe su mala conducta futura, cuando llegan á la edad madura. Véase á Petavio, *Doct. Theol.* t. 4, l. 4, c. 7. Así racionan los teólogos que se llaman *molinistas* y *congruistas*. V. CONGRUISTAS.

Mas los tomistas y los agustinianos sostienen que esta *ciencia media*, inventada por Molina, es no solo inútil, sino de un uso peligroso en las cuestiones de la gracia y de la predestinacion. Ó la condicion, dicen, de la cual depende un acontecimiento tendrá lugar, ó no se verificará: en el primer caso, el futuro es absoluto, y entónces es objeto de la *ciencia de vision* ó de la *presciencia*; en el segundo, este futuro dicho condicional es simplemente posible, y Dios lo ve por la *ciencia de simple inteligencia*. Estos mismos teólogos

acusar á sus adversarios de dar lugar á las mismas consecuencias que S. Agustín ha combatido por una y otra parte con mas calor que merecia; se escribió mucho en pro y en contra sin que uno ú otro de los dos partidos haya adelantado ó retrocedido un solo paso. Hubiera sido mucho mejor, sin duda, renunciar á todo sistema, atenerse únicamente á lo que está revelado, y consentir en ignorar lo que Dios no quiso enseñarnos.

CIENCIAS HUMANAS. En nuestros dias los incrédulos han llevado la prevención contra el cristianismo hasta sostener que su establecimiento perjudicó á los progresos de las ciencias; refutaremos esta paradoja en la palabra LETRAS: sin embargo, diremos algo mas con este motivo.

Es incontestable que hace diez y siete siglos que las ciencias apenas han sido conocidas ni cultivadas mas que en las naciones cristianas; que los demás pueblos están sumidos en la ignorancia y en la barbarie. ¿Pueden compararse los pocos grados de conocimiento que poseen los indios y los chinos con los que adquirieron los pueblos de Europa? Cuando en los siglos X y XII los mahometanos tuvieron alguna tintura de las ciencias, la habian recibido de las naciones cristianas, y no la conservaron por mucho tiempo; allí en donde han reinado los ha seguido la ignorancia; sin los esfuerzos que se les han opuesto por principio de religion, las ciencias hubiesen tenido en Europa la misma suerte que en Asia; algunos incrédulos menos aferrados que los demás tienen la buena fe de convenir en esto.

Es verdad que desde el siglo IV de la Iglesia las ciencias no fueron cultivadas entre los griegos y romanos con tanto esplendor y suceso como en el siglo de Augusto; mas los que lo han atribuido al establecimiento del cristianismo, han afectado ignorar los acontecimientos que precedieron y siguieron á esta grande época de la historia.

Con efecto, desde el reinado de Neron hasta el de Teodosio, en el espacio de frescientos años, los países dominados por el gobierno romano fueron aislados por las guerras civiles entre los diferentes pretendientes al Imperio. Los bárbaros habian empezado ya á hacer irrupciones por todas partes; los germanos, los sarmatas, los cuados, los marcomasanes, los escitas, los persas, los parthos

desmembraron ó despoblaron algunas partes; las victorias de algunos emperadores no opusieron á este torrente mas que un obstáculo pasajero. En el año 275 se vio caer sobre las Galias un enjambre de pueblos de la Alemania, los lygas, los francos, los bourguiones, los vándalos; se apoderaron de setenta ciudades y se hicieron dueños de ellas por espacio de dos años. Probo no consiguió lanzarlos el año 277 sino despues de haberles muerto cuatrocientos mil hombres. No tardaron en volver con otros bárbaros en mayor número. Tillemont, *Vida de los emperadores*, t. 3, p. 425 y sig. En el siglo V los godos, los francos, los bourguiones, los hunos, los lombardos y los vándalos vinieron á establecerse en ellas, y poco á poco se apoderaron de todo el occidente; en el VII los árabes asolaron el oriente para establecer el mahometismo. No han cesado en nuestros climas las invasiones sino por la conversion de los pueblos del norte. En medio de esta desolacion continua, cuya historia hace estremecer, ¿es como las ciencias podian florecer y hacer progresos?

Las pestes, las hambres, los temblores de tierra unieron sus devastaciones á las de la guerra; los que han calculado las pérdidas que la poblacion ha tenido con estos diversos azotes dicen que bajo el reinado de Justiniano el número de hombres se habia reducido á menos de la mitad de los que eran en el siglo de Augusto. Tiempos tan calamitosos no eran lo mas á propósito para las especulaciones de los sabios, ni para las investigaciones curiosas; mas el cristianismo no ha podido influir nada en las causas de estas revoluciones.

Lejos de poner un obstáculo á los estudios, esta religion impulsaba á sus discípulos á instruirse, por el deseo de refutar, convencer y convertir á los filósofos que la atacaban; las persecuciones mismas inflamaron el zelo de los PP. de la Iglesia. ¿Se conocian en los tres primeros siglos autores profanos que hubiesen poseído mejor la filosofia de su tiempo que los apologistas de nuestra religion?

En el cuarto, cuando se dió la paz á la Iglesia por Constantino, es fácil ver si los sabios del paganismo tenían conocimientos superiores á los de los doctores cristianos. Juliano, enemigo declarado de estos últimos, conocia perfectamente su ascendencia, cuando seaba que se destruyeran los libros de los galileos, *Carta 9 á Ecdiclus*, y prohibia á los cristianos estudiar y enseñar las letras. Ningun filósofo de aquel tiempomanifestó tantos

conocimientos en materia de física é historia natural como S. Basilio en su *Hexamerón*, Lactancio en su libro de *Opificio Dei*, Teodoro en sus *Discursos sobre la Providencia*, etc.

El mejor medio de perfeccionar las ciencias naturales era el establecer la comunicacion entre las diferentes partes del globo; enseñar á conocer el suelo, las riquezas, las costumbres, las leyes, el genio y el lenguaje de los diversos pueblos del mundo: gozamos en el dia de esta ventaja; pero ¿á quién se la debemos? ¿Es á los filósofos zelosos por el bien de la humanidad, ó á los misioneros inflamados con el zelo de la religion? El cristianismo que introdujeron en el norte hizo nacer la agricultura, la civilizacion, las leyes, las ciencias; ha hecho florecer regiones que en otro tiempo no estaban cubiertas mas que de bosques, lagunas y algunos rebaños de salvajes. Los misioneros y no los filósofos son los que han civilizado á los bárbaros; los que nos han dado á conocer los países y naciones de los confines del Asia, y los que han descrito el carácter, las costumbres y género de vida de los salvajes de América. Si su zelo intrépido no hubiese empezado por franquearnos el camino, ningun filósofo se hubiera atrevido á penetrar allí. A ellos, pues, son deudores la geografía y las diferentes partes de la historia natural, de los progresos inmensos que han hecho en estos últimos siglos. Si hubiesen trabajado con el designio de inspirar un reconocimiento á los filósofos, en el dia les hubiesen dado motivo para arrepentirse.

Para conocer bien los pueblos modernos ora preciso compararlos á los pueblos antiguos; ahora bien, no nos queda ningun monumento profano que nos dé una idea tan exacta de los pueblos antiguos y de las primeras ideas del mundo como nuestros libros santos. Los sabios que han querido remontarse al origen de las leyes, de las ciencias y de las artes se han visto obligados á tomar la Historia santa por base de sus investigaciones. Los que han seguido un camino opuesto no nos han dado, bajo los nombres de *historia filosofica* y de *filosofia de la historia* mas que los sueños de una imaginacion desarreglada y un caos de errores y de absurdos.

En todas partes donde se ha establecido el cristianismo, tanto en medio de los hielos del norte, como bajo los ardores del mediodia, han llevado las ciencias, las costumbres y la civilizacion; en donde ha desaparecido le ha reemplazado la barbarie. Los pueblos de las

costas del Africa y los del Egipto eran ilustrados, mientras que subsistió el Evangelio entre ellos; despues que cesó de alumbrarlos esta antorcha, le sucedió una noche profunda. La Grecia, en otro tiempo tan fecunda en sabios, en artistas y filósofos, se ha hecho estéril para las ciencias; han cambiado la naturaleza y el clima? No; el genio de los griegos siempre es el mismo; pero está ahora bajo la tiranía de un gobierno tan enemigo de las ciencias como del cristianismo.

Ha sido preciso perder todo pudor para atreverse á escribir que esta religion ha retardado los progresos del entendimiento humano, y se ha opuesto á la perfeccion de las ciencias; por el contrario sin ella la Europa entera estaria todavía sumida en la ignorancia que trajeron consigo los Bárbaros del Norte. Estamos mas fundados para echar en cara á los filósofos incrédulos que su pertinacia y su método solo tienden á la extincion de todas las ciencias.

Con efecto, si se quiere darlas una base sólida, es preciso partir de las luces adquiridas por los que nos han precedido, conocer sus errores, á fin de preservarnos de ellos; mas este proceder exige investigaciones penosas; para evitar esto, nuestros escritores modernos han desacreditado todos los géneros de erudicion bajo pretexto de que los que la han cultivado no eran filósofos; el estudio de las lenguas, de la critica, de la literatura antigua y moderna les parece superfluo, todos se lisonjean de saciar la verdad de su cerebro; quieren ser creadores, y repiten, sin saberlo, los absurdos filosóficos de los siglos pasados.

¿Para qué sirve el raciocinio, cuando se ignoran los primeros principios del arte de raciocinar? En vano se buscaria entre nuestros literatos incrédulos alguna tintura de lógica y metafísica: estas dos ciencias les desagradan; serian un obstáculo para la impetuosidad de su genio; á ejemplo de los antiguos epicureos han sacudido el yugo. En lugar de raciocinar, declaman, se contradicen, no saben ni de qué principio han partido, ni adónde tienen que llegar.

Nuestro siglo sin duda ha hecho grandes descubrimientos en la física y en la historia natural; mas; cuántas experiencias dudosas no se nos han vendido por verdades incontestables? El gusto á los sistemas no reina menos que en otro tiempo, y los mas aventurados son siempre los mejor acogidos; la hipótesis de los átomos y de la divisibilidad de la materia hasta el infinito se suceden y

subyugan los entendimientos á su vez; los términos ininteligibles de atraccion, de gravitacion, de electricidad y de magnetismo han reemplazado á las cualidades ocultas de los antiguos: una imaginacion nueva parece sublimarse desde el momento que puede servir para combatir las verdades reveladas; y si se pudiera llegar á subsituir la idea de la materia á la de Dios, nuestros filósofos creerian haberlo ganado todo.

Entre sus manos la historia no es mas que un tejido de conjeturas, un sistema de pirronismo, una serie de libelos difamatorios. De todos los hechos, no admiten mas que los que están de acuerdo con su opinion, no hacen caso sino de los autores que al parecer piensan como ellos, denigran á todos los personajes cuya virtud les desagrade, llaman *grandes hombres* á los insensatos que llevan consigo el desprecio de todos los siglos. Su grande ambicion es el ser legisladores, políticos, árbitros de la suerte de las naciones; mas al atacar la idea de un Dios legislador, han minado la base de todas las leyes: en lugar de la moral de los hombres, nos prescriben la de los brutos, y fundan la politica sobre los principios de la anarquia. En un estado bien arreglado, el ciudadano que declarara contra las leyes, seria castigado por sedicioso; entre nosotros, es un titulo para pretender la celebridad.

Si esta filosofia asoladora durase por mucho tiempo, ¿en qué vendrian á parar las ciencias? Todo el mundo sabe cual es la educacion de la juventud desde que los filósofos trataron de reformarla, y si el estado á que la han reducido es á propósito para formar hombres laboriosos, sabios y útiles á su patria.

Uno de los principales hechos que alegan para probar que el cristianismo es enemigo de las ciencias es la pretendida persecucion que experimentó Galileo en razon á sus descubrimientos astronómicos y su condenacion en el tribunal de la inquisicion romana. Felizmente está en la actualidad probado por las cartas de Guichardin y del marqués Nicolini, embajadores de Florencia, por las cartas, discípulos y protectores de Galileo, por las cartas manuscritas y por las obras de Galileo, que hace un siglo se viene engañando al público sobre este hecho. Este filósofo no fué perseguido como buen astrónomo, sino como mal teólogo, por haber querido mezclarse en explicar la Biblia.

Sus descubrimientos le suscitaron sin duda enemigos zelosos; mas solo su pertinacia en

querer conciliar la Biblia con Copérnico fué lo que dió lugar á que se le juzgase, y su petulancia fué el origen de sus disgustos. En aquella época vivian el Tasso, el Ariosto, Maquiavelo, Bembo, Toricelli, Guichardin, Fra-Paolo, etc.: por lo tanto era para Italia un siglo bárbaro.

En 1611, durante su primer viaje á Roma, Galileo fué admirado y colmado de honores por los cardenales y los grandes señores á quienes manifestó sus descubrimientos; volvió á esta ciudad en 1613: su sola presencia desconcertó las acusaciones formadas contra él. El cardenal del Monte y diversos miembros del santo oficio le trazaron el círculo de prudencia en el cual debía contenersen; mas su ardor y vanidad le trastornaron. « Exigió, dice Guichardin, en sus despachos del 4 de marzo de 1616, que el papa y el santo oficio declarasen el sistema de Copérnico fundado en la Biblia. »

« Escribió memorias sobre memorias á Paulo V, cansado con sus instancias, decretó que esta controversia lucese juzgada en una congregacion. » « Galileo, añade Guichardin, llevó hasta el extremo todo esto: hacia mas caso de su opinion que de la de sus amigos etc. » Fué llamado á Florencia en el mes de junio de 1616. El mismo dice en sus cartas: « La congregacion tan solo ha decidido que la opinion del movimiento de la tierra no está de acuerdo con la Biblia; yo no estoy personalmente interesado en el decreto. » Antes de su partida tuvo una audiencia muy graciosa con el papa: Belarmino tan solo le prohibió, á nombre de la Santa Sede, el hablar mas de la pretendida armonia entre la Biblia y Copérnico, sin que por esto renunciase á ninguna hipótesis astronómica.

Quince años despues, en 1632, bajo el pontificado de Urbano VIII, Galileo imprimió sus célebres diálogos, *Delle due massime systeme del mondo*, con una aprobacion y permiso supuestos, y contra la cual ninguno se atrevió á reclamar; volvió á dar á luz sus memorias escritas en 1616, en las que se esforzaba á erigir en cuestion de dogma la rotacion del globo sobre su eje. Se dice que los Jesuitas excitaron contra él la cólera del papa. « Es preciso tratar este acontecimiento con dulzura, escribia el marqués Nicolini, en sus despachos del 5 de setiembre de 1632, si el papa se incomoda todo se pierde: es necesario no disputar, ni amenazar, ni echar brabatas. » Esto es lo que hacia Galileo. Se le citó á Roma, y llegó á ella el 3 de febrero de 1633.

No se le alojó en la inquisicion, sino en el palacio del enviado de Toscana. Un mes despues se le puso, no en las cárceles de la inquisicion, como escribieron veinte autores, sino en el departamento del fiscal, con libertades para estar en comunicacion con el embajador, pasearse, y poder enviar fuera su criado. Despues de diez y ocho dias de detencion en la Minerva, fué enviado al palacio de Toscana. En sus defensas, no se trató de la especie de su sistema, sino de su pretendida confesion con la Biblia. Despues de dada la sentencia y hecha la retractacion de Galileo acerca del punto disputado, fué dueño de volver á su patria.

El año siguiente de 1633, escribió al P. Receneri, su discípulo: « El Papa me creia digno de su estimacion.... Estuve alojado en el delicioso palacio de la Trinidad del Monte.... Quando llegué al santo oficio, dos religiosos dominicos me invitaron con mucha bondad á hacer mi apologia.... Me encontraba en la obligacion de retractar mi opinion como buen católico. (Ya hemos visto mas arriba de lo que se trataba.) Para castigarme me prohibieron los diálogos, y me despidieron despues de cinco meses de mansion en Roma. Como reinaba la peste en Florencia, se me asignó para habitacion el palacio de mi mejor amigo, monseñor Piccolomini, arzobispo de Sienna, en donde gocé de la mayor tranquilidad. En el dia estoy en mi campo de Arezzes en donde respiro un aire puro cerca de mi cara patria. » Véase el *Mercurio de Francia* del 17 de julio de 1784, n. 29.

Mas de veinte autores, principalmente entre los protestantes, escribieron que Galileo fué perseguido y aprisionado por haber sostenido que la tierra gira al rededor del sol; que este sistema fué condenado por la inquisicion como falso, erroneo y contrario á la Biblia, etc. Esto se supone y repite en muchos diccionarios históricos; nuestros incrédulos modernos lo han afirmado los unos despues de los otros, y á pesar de las pruebas irrecusables de lo contrario, lo repetirán hasta el fin de los siglos. De esta suerte trabajan los filósofos en el adelanto de las ciencias. †

CIENCIA SECRETA Ó DOCTRINA SECRETA. Ciertos criticos protestantes, prevenidos contra los PP. de la Iglesia, acusaron á S. Clemente de Alejandria de haber querido introducir entre los cristianos el método de enseñar de los filósofos paganos, que no revelaban á todos sus discípulos el fondo de su doctrina, sino á aquellos cuya inteligencia y discrecion

conocian, y no instruan á los demás sino por emblemas, por figuras enigmáticas y sentencias oscuras. Este método, continúan los censores de este Padre, no es el de Jesucristo, ni el de los apóstoles, ni el de los doctores cristianos mas sabios. Jesucristo manda á sus apóstoles el publicar en medio del dia las cosas que les enseñó en secreto y predicar sobre los terrados lo que les decia al oído, *Mat. x, 27*. S. Pablo hace profesion de no haber disimulado nada en sus instrucciones, de haber enseñado lo mismo en público que en particular, *Act. xx, 20* y *27*. S. Justino y los demás apologistas del cristianismo protestan que no ocultan nada de lo que se hace y de lo que se enseña entre los cristianos.

Esta censura nos parece injusta y temeraria. Si se quiere tomar el trabajo de leer el libro 3º de los *Stromates* de S. Clemente de Alejandria, c. 4, 9 y 10, se verá que este Padre entendiendo tan solo que hay en la doctrina cristiana cosas que no están al alcance de los principiantes; que por lo tanto no debe enseñarse á todos indiferentemente, sino á los que están en estado de comprenderlo, y que ya han hecho progresos en el conocimiento de los misterios de fe; nosotros sostenemos tambien que tal fué el método de Jesucristo, de los apóstoles y de los doctores cristianos. Tengo todavia muchas cosas que decir; pero no podéis comprenderlas en este momento. Así hablaba Jesucristo á sus discípulos, *Joan. xvi, 12*. S. Pablo decia lo mismo á los Corintios, *I Cor. ii, 1*. No he podido hallaros todavia como á hombres carnales; os he dado leche como á niños en Jesucristo, y no un alimento sólido, porque no podríais soportarlo; en este momento, todavia no sois capaces de él. Es constante que no se hubiera permitido á un pagano el ser testigo de la celebracion de nuestros santos misterios; tampoco se les permitia á los catecúmenos antes de su bautismo; no se les instruía al principio sino con mucha reserva. V. SECRETO DE LOS MISTERIOS.

Por otra parte, ¿en qué consistia, segun S. Clemente de Alejandria, la pretendida doctrina secreta de los cristianos? Era la explicacion mística y alegórica de los hechos, de las leyes, de las ceremonias del antiguo Testamento y de los pasajes oscuros de los profetas. Este conocimiento ¿era muy necesario para el comun de los fieles? La imprudencia de los protestantes que quieren que se ponga una Biblia entera entre las manos de los ignorantes y de los jóvenes, que se les ponga á

+ Vease á Arquinto *Miologia* in *Protestantismo* tomo 2.º cap. 3.º



leer en lengua vulgar el *cántico de los cánticos* y ciertos capítulos del profeta *Ezequiel*, no es un ejemplo digno de seguirse. Esto no es propio mas que para engendrar y alimentar el fanatismo: la experiencia lo ha probado demasiado, y muchos protestantes han tenido la buena fe de convenir en ello.

En la palabra *Secreto de los Misterios* vemos que la acusación hecha por los protestantes á S. Clemente de Alejandría, es directamente contraria al interés de su sistema.

Citeto. V. Saco.

Cipriano (S). Obispo de Cartago, mártir y doctor de la Iglesia. Vivió en el siglo III: padeció la muerte por Jesucristo el año 258. La mejor edición de sus obras es la que principió Balucio, y concluyó Dom Marand, benedictino, en 1726, en folio.

Muchos críticos protestantes, copiados sin discernimiento por nuestros literatos modernos, han vituperado á este santo doctor algunos errores en materia de moral; condeno, dicen, la defensa de sí mismo contra los ataques de un injusto agresor; ha exagerado las alabanzas del celibato, de la continencia, de la limosna y del martirio. Estas acusaciones ¿están probadas sólidamente?

S. Cipriano en su tratado de *Bono patientia* no ha hecho mas que repetir las máximas del Evangelio sobre la necesidad de sufrir con paciencia la persecucion de los enemigos del cristianismo. ¿Convenia á cristianos atacados, perseguidos, maltratados por su religion, el defenderse contra agresores armados con la autoridad pública, y apoyados en las leyes sanguinarias de los emperadores? Si lo hubiesen hecho se les hubiera acusado de haberse sublevado contra la autoridad legítima; aun en el dia se les acusa, á pesar de la falsedad del hecho. Mas tal es la equidad de nuestros adversarios: por una parte echan en cara á los cristianos el haberles faltado la paciencia, y por otra á los PP. de la Iglesia el haber predicado demasiado la paciencia. Es un absurdo el aplicar á todos los casos lo que el Evangelio y los PP. prescribían en tiempos de persecucion.

De la misma manera en su *Exhortacion á los Mártires* no hace mas que reunir los pasajes de la Sagrada Escritura, sobre la obligacion de confesar á Jesucristo; los ejemplos de los que han padecido por este motivo, y las promesas que Dios les ha hecho. Esto era necesario, porque habia una secta de herejes que enseñaba que era permitido el disimular su fe, y apostar para evitar la muerte, ya lo

vemos por el tratado de Tertuliano, titulado *Scorpiace*.

Para presentar á S. Cipriano como culpable, Barbeyrac en su *Tratado de la Moral de los PP.*, c. 8, dice que, segun este santo doctor, es laudable el desear el martirio *en sí mismo*; y por sí mismo; esta adición es invencion del censor de los PP.; S. Cipriano no habló de esta suerte. Evidentemente comprendia que es un deseo laudable el desear el martirio para manifestar á Dios nuestro amor y adhesión, y para confirmar por este ejemplo á nuestros hermanos en la fe. Nosotros sostenemos que cualquiera de estos dos motivos es laudable. De esto no se deduce, como dice Barbeyrac, que sea laudable el irse á ofrecer uno mismo al martirio. Un cristiano puede desear que Dios le dé valor para sufrir el martirio, sin que por esto tenga el derecho de esperar que Dios se lo concederá efectivamente.

Cuando se considera la licencia de las costumbres del paganismo y el mérito de la castidad bajo un clima tan abrasador como el de Africa, se admira uno al ver la continencia practicada con la severidad que prescribe S. Cipriano en su tratado de *Disciplina et habitus Virginitatis*; mas esta severidad era indispensable en Africa. El santo doctor exalta con razon la virginidad, mas no degrada el matrimonio; no hace mas que repetir las lecciones de S. Pablo. No hay mas que comparar las costumbres de los cartagineses paganos y de los herberiscos del dia con las de los cristianos instruidos por S. Cipriano y S. Agustín, y entonces se verá si la moral de los PP. era falsa.

Una prueba de que el santo mártir nada exageró al hablar de *las buenas obras y de la limosna*, es que esta moral fué exactamente practicada por los fieles de su Iglesia. Nos enseña en su tratado de *Mortalitate*, que durante una peste cruel que asoló á Africa, los cristianos arrostraron la muerte para aliviar á los enfermos, sin distincion de religion, al paso que los paganos abandonaban á sus propios parientes.

Lo único que puede vituperarse á S. Cipriano es el haberse engañado al sostener la nulidad del bautismo administrado por los herejes; mas él no hizo mas que censurar á los que tenían la opinion contraria, y la seguian en la práctica.

Nada demuestra mas la pertinacia de los protestantes que el juicio que hicieron con respecto á la conducta de este Padre, y la han alabado ó vituperado segun se encontraba

conforme ó contraria á sus opiniones; de suerte que su censura destruye absolutamente todo el mérito de sus elogios. Como san Cipriano resistió á las decisiones de los papas Cornelio y Esteban, relativamente al uso de reiterar el bautismo administrado por los herejes, alaban su firmeza y valor, y añaden que en el siglo III no tenían los papas ninguna jurisdiccion sobre toda la Iglesia. Por otra parte, como el mismo santo no sostiene con menos fuerza la autoridad de los obispos en el gobierno de la Iglesia, autoridad que desagrada á los protestantes, han vituperado á este Padre el no haber sabido ni moderar el fuego de su temperamento, ni distinguir la verdad de la mentira, el haber introducido en el gobierno eclesiástico una alteracion que tuvo las consecuencias mas funestas. Mosheim, *Histor. eccl.*, siglo III, 2ª parte, c. 2 y 3; *Histor. crist. sec. 3ª*, § 14, pág. 311 y 312. Así, estos críticos juiciosos han alabado á S. Cipriano en circunstancias que no tenia razon porque la Iglesia no siguió su parecer, y le han vituperado cuando estaba la justicia por su parte. Es falso que antes de este tiempo el gobierno de la Iglesia haya sido tal como lo representan los protestantes; que S. Cipriano haya alterado alguna cosa, y que esta pretendida alteracion produjera tan malos efectos. V. Obispo, GERARQUÍA.

Circunceliones ó Scotopitas. Donatistas de Africa en el siglo IV, llamados así porque andaban al rededor de las casas, en las ciudades y aldeas, bajo pretexto de vengar las injurias, reparar las injusticias y restablecer la igualdad entre los hombres. Ponian en libertad á los esclavos sin el consentimiento de sus patronos, declaraban solventes á los deudores y cometian mil desórdenes. Makide y Faser fueron los jefes de estos bandidos entusiastas. Al principio llevaban palos que llamaban *palos ó bastones de Israel*, por alusion á los que los israelitas debian tener en la mano al comer el cordero pascual; despues usaron armas para oprimir á los católicos. Donato los llamaba los *jefes de los santos*, y ejercia por su medio venganzas horribles. Un falso zelo de martirio les impulsó á darse la muerte; los unos se precipitaron desde lo alto de las rocas ó se arrojaron al fuego, otros se degollaron. Los obispos, no estando en disposicion de contener por sí solos estos excesos de furor, se vieron obligados á implorar la autoridad de los magistrados; se enviaron soldados á los parajes en que acostumbraban á reunirse los

dias de mercado publico; hubo muchos muertos de entre ellos, los cuales fueron honrados como mártires por los demás. Las mujeres, perdiendo su dulzura natural, imitaron la barbarie de los *circunceliones*: se vieron muchas que, á pesar de su embarazo, se arrojaron por los precipicios. Véase S. Agust., *Har.* 69; Baronio, año 331, n. 9, 348, n. 26, etc., Prateolo, Filastro, etc.

A mediados del siglo XIII se dió el mismo nombre de *circunceliones* á algunos predicadores fanáticos de Alemania que siguieron el partido del emperador Federico, excomulgado en el concilio de Lyon por el papa Inocencio IV. Predicaban contra el papa, contra los obispos, contra todo el clero y los religiosos; pretendian que todos habian perdido su carácter, sus facultades y jurisdiccion por el mal uso que hicieron de ellas; que todos los que seguian el partido de Federico obtenian la remision de sus pecados; que todos los demás serian réprobos y condenados. Este fanatismo hizo mucho daño al emperador, y apartó de sus intereses un gran número de católicos. Véase Dupin sobre el siglo XIII, p. 490.

Circum-inesion. Véase TRINIDAD.

Circuncision. Ceremonia religiosa de los judíos: consistia en cortar el prepucio de los niños ocho dias despues de nacer, ó de los adultos que querian profesar la religion judía. La *circuncision* estaba en uso tambien en otros pueblos, pero no como un acto de religion. No hablaremos mas que de la *circuncision* de los judíos.

Esta ceremonia tuvo principio en Abraham, á quien Dios la prescribió como el sello de la alianza que hizo con este patriarca, *Gen.* xvii, 10. A consecuencia de esta ley, dada al año del mundo 2108, Abraham, de edad entonces de veinte y nueve años, se circunció, así como su hijo Ismael y todos los esclavos de su casa: y desde este tiempo la *circuncision* fué una práctica hereditaria para sus descendientes. Dios volvió á reiterar este precepto á Moisés, *Exod.* xii, 44, 48. Tácito, hablando de los judíos, *Hist. lib.* 3, c. 5, reconoce expresamente que la *circuncision* les distinguia de las demás naciones: S. Jerónimo y otros autores eclesiásticos hacen la misma observacion.

Celso y Juliano, para contradecir la Historia sagrada, han dicho que Abraham, que habia venido de Caldea á Egipto, encontró establecido en este pais el uso de la *circuncision*, y por lo tanto que provenia de los egip-